



MARIO HIRIART SOBRE EL VALLE DE ELQUI

*Textos del diario personal, 1956
ingeniero chileno, cuyo proceso
de canonización está en curso*



Esta tierra de Elqui

“Mi vinculación personal a Santa Adela nació del afecto a todo lo que rodeaba a la niña de la que estaba enamorado, pero, a la larga, se fue independizando de ese lazo, y comencé a amar íntimamente a Santa Adela por lo que significaba espiritualmente para mí. Inicialmente fue sólo el lugar donde sentí por primera vez toda la intensidad del amor humano; más tarde, fue un lugar de recogimiento espiritual, de paz profundísima, donde encontraba cientos de recuerdos de muchas personas amadas, y donde todo me era grato y digno de ser amado. Por último, ya con tres años en el Movimiento, comprendí en Santa Adela la vinculación a Dios a través de la naturaleza. Tal vez esto lo comprendí íntimamente y lo hice vida en mí por primera vez mirando el Cementerio de El Tambo, y contemplando la grandeza de la quebrada que se interna en los cerros tras él.

La quebrada de El Tambo alcanza un ancho de quizás unos 2.000 metros, al llegar al cajón del río Elqui; allí recibe una pequeña quebrada lateral, desde el poniente, que termina en una meseta formada por material de acarreo de las grandes avenidas. Sobre esta meseta, que no tendrá más de unos 300 metros de ancho, y unos 500 de largo, se encuentra el cementerio de El Tambo, elevándose unos 8 a 10 metros por sobre la quebrada grande y el pueblo de El Tambo. El cementerio es como otro cualquiera de los pueblos chilenos, con su muro exterior blanqueado a la cal, y unas pobres tumbas rematadas en cruces blanquecinas.”

Dios entre el viento y el río

“Allí, contemplando aquel cementerio y la quebrada de El Tambo, que se domina en toda su extensión y su aridez imponente, recé el Ángelus en una tarde del verano de 1951: en ese momento, tuve la impresión lúcida y clarísima de que podía comprender a los místicos, y tuve por primera vez en mi vida una conciencia inmensa, abrumadora, de la presencia de Dios junto a mí. Desde aquella vez, comencé a sentir a Dios en la naturaleza, y a amarle a través de ella con todas mis facultades. Recuerdo que me sentaba en la ventana de la salita de costura de la vieja casa, y contemplaba durante largo rato los cerros del otro lado del río, las casas de los inquilinos, los árboles movidos por el viento - ese viento persistente y fuerte de Santa Adela, que estremece constantemente la casa -, o la salida de la luna por sobre los cerros, hacia el nororiente, o bien me embelesaba escuchando el rumor del río que corre entre las rocas. Madrecita, en ese ambiente era intensamente feliz; tal vez en 1951 todavía algo de esta felicidad residía en que a todo ese mundo estaba

unida también la niña con quien soñaba, pero no me cabe duda de que ya mi alegría estribaba esencialmente en que todo ese mundo de la naturaleza pura y sencilla, me ponía en la presencia de Dios, y me hacía sentirle a mi lado, cuidándome y amándome, y me hacía sentir un profundo amor hacia Él.”

El valle y su manto

“Madrecita, estoy absolutamente seguro de que jamás ninguna clase de paisaje podrá ponerme en presencia de Dios tan íntimamente como ése de Santa Adela y de todo el valle de Elqui. Hay algo allí, en la grandeza de las montañas desnudas, talladas con violencia en roca y arena; en lo imponente de esas quebradas desiertas, que se ven internarse por los cerros hacia arriba, hasta que la vista se pierde en ellos; en el contraste que hace el pequeño valle, fértil, sonriente y lleno de flores, con una vegetación exuberante como no la hay en otras regiones del sur y centro de Chile, hay algo en todo eso que me fascina, me llena totalmente en todos mis anhelos. Sobre todo la sensación de pequeñez y de ser creatura impotente que me asalta ante la magnitud y magnificencia de esa naturaleza desierta y sobria en su extrema desnudez, me sobrecoge y me hace de inmediato comprender la presencia de Dios: cuando estoy allí, camino en su presencia, voy encontrándole en cada mirada a mi alrededor, en el perfil inmenso de las montañas, en las rocas que parecen haber sido

colocadas una a una por sus manos, en la perfecta y estilizada figura de los quiscos erizados del desierto, en las florcitas minúsculas que se abren al amparo de las piedras, cubiertas de polvo, en el viento que sopla a la caída del sol con tanta fuerza que casi derriba al jinete desde su montura... Madrecita, allí verdaderamente he tocado a Dios con la punta de mis dedos, he cogido la orla de la túnica de Cristo.”

Cuando es primavera...

“Por eso, Madrecita, las dos veces que he vuelto a Santa Adela después, he ido a ver el cementerio de El Tambo, no una sino en muchas ocasiones, y he caminado durante mucho rato por la quebrada internándome cerro arriba. Allí he rezado el Ángelus de la tarde, y mi oración de Caballero del Santo Graal, y he conversado contigo y con Él. Muchas veces he subido por la quebrada lateral, lo más alto que he podido, y, de pie junto a mi caballo - el ‘Cebruno’, el ‘Paso a Paso’, el ‘Cobre’, la ‘Palta’... -, he rezado con una unión a ti y a Él como nunca la he tenido en otra parte. ¡Es el paraíso de la soledad, del silencio, de la paz, de la presencia del Dios omnipotente!

Pero nunca, hasta este año, había estado en Elqui durante la primavera. ¡Qué maravilla indescriptible, Madrecita! Quisiera tener la pluma fácil y florida de un Carlos Rauld para poder describirla. ¿Quién podría verdaderamente pintar lo maravilloso que es ese callejón que sube hacia el cementerio, por el costado de la plaza, rodeado por dos pircas de barro

y adobe por sobre las cuales asoman las higueras, los paltos, la ‘flor de la pluma’, la ‘corona del inca’ que se incendia en sus flores y hojas? ¿O bien, describir la visión de los últimos potreros de Santa Adela, cubiertos de alfalfa, cuando se vuelve desde El Tambo a las casas de la hacienda, ya caído el sol? Madrecita, es todo tan maravilloso, que las palabras no alcanzan para contarlo; en esta época mis tierras de Elqui se cubren de un esplendor inverosímil, y más que nunca me sentí cerca de ti y de tu Hijo.”

Ocasos y estrellas

“Madrecita, ¡cuántas puestas de sol contemplé en esta primavera, sentado en la ventana de la sala de costura, viendo esfumarse en la penumbra la silueta de los cerros y de los árboles! ¡Cuántas noches estrelladas, paseándome junto al camino, o por el jardín de la casa! Eran horas enteras, vividas minuto a minuto, con una intensidad y una intimidad de unión a todo lo que amo en el mundo sobrenatural y el natural, que difícilmente espero volver a gozar: en esas tardes y esas noches, mirando la luna levantarse por sobre el cerro cubierto de eucaliptos y pitas, comprendí que amo a Santa Adela tan intensamente porque allí aprendí a sentir el amor.”

Se parece al cielo

“Pensaba que para mí el cielo muy bien pudiera ser vivir en Santa Adela, en íntima unión con Dios y contigo, Madrecita, sabiendo que esa vida de paz y oración perfectas jamás habrían de terminar. Madrecita, Santa Adela llegó a ser para mí el terruño, el ‘Heimat’. También lo es Bellavista, y seguramente en muchas ocasiones, he sentido junto a tu Santuario esa misma unión a todo lo amado que he gozado en Santa Adela; pero, sin duda no lo ha sido tan a menudo, en comparación al tiempo que he estado en una y otra parte. Tal vez sea porque en Santa Adela hay una compenetración más íntima con la naturaleza, porque hay más silencio y más paz, puede influir enormemente una atracción atávica por la tierra de mis antepasados. Sin embargo, creo que la causa principal radica en lo que decía antes: que allí sentí integralmente, por primera vez, lo que es el amor, y que allí, tal vez en mayor grado aún que en Bellavista, esa capacidad de amar tan enorme que siento en mí, evolucionó hacia Dios y se volcó en Él.”

Tu presencia

“Por eso, Madrecita, a Santa Adela y El Tambo sólo les falta una cosa para ser perfectos: tu presencia allí. Madrecita, es muy posible que ya no tenga ninguna ocasión razonable de ir otra vez allá, que nunca pueda volver a pasar unos días en la casona de la hacienda, que a mi vuelta ya no pertenezca a los Peralta. Sin embargo, Madrecita, quisiera alguna vez poder ir a colocar allá una imagen tuya: no sé dónde, pero tendría que ser allí donde nadie pudiera sacarla, donde los hombres no se atrevieran a tocarla; había pensado alguna vez en que podrían ser los sauces junto al río, en medio del bosque de arrayanes, donde muchas veces en 1955 recé mis oraciones de la tarde, pero esos sauces fueron cortados... Madrecita, tal vez en el cementerio de El Tambo o en la quebrada, internándose ya hacia los cerros, podría construir una pequeña capillita de piedra con mis propias manos y dejar allí tu imagen... Allí estarían juntos, en Elqui, todos mis amores.”